

Homilía de Jueves Santo

Año litúrgico 2017 - 2018 - (Ciclo B)

“¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros?”

Pautas para la homilía

El paso a la libertad

El relato del libro del Éxodo nos pone en situación en este día. Y es que en la primera lectura de este Jueves Santo se nos narra toda una *liturgia* a realizar como memorial de la salida de Egipto. Una comida familiar, unos alimentos concretos y unos gestos cargados de simbolismo nos presentan la espiritualidad de la pascua judía.

El relato nos muestra cómo se actualiza la liberación. Enmarcado dentro de un recuerdo exige compromiso y fe en Ese que libera, y rechazo a regresar a la seguridad que lleva al desprecio de la libertad. Una libertad que deja atrás la esclavitud y la muerte cuyo culmen -de la libertad- está en Jesucristo.

Eucaristía: horizonte histórico y futuro

La segunda lectura de este día nos expone la primera mención cronológica del Nuevo Testamento, sobre la tradición de la institución de la Eucaristía. Una tradición que nos remonta al propio Jesús. Y es que el Apóstol es el primero que pone por escrito el testimonio que nos remite a las palabras y gestos realizados por Jesús en la *Última Cena*.

El pan y el vino consagrados recuerdan y hacen presente de una forma actualizada, toda la vida de Jesús. Una vida entregada a los más pobres y necesitados; a los marginados y pecadores que termina con la muerte en el leño de la cruz y la resurrección. Pero también este acto litúrgico, tal como Pablo lo ha recibido y trasmite, es un compromiso de futuro en espera de la salvación total y definitiva, cuando Jesucristo vuelva.

Este relato de la carta a los Corintios es todo un canto a la Eucaristía. En la eucaristía participamos de la vida que ahora goza Jesús y que nosotros esperamos gozar un día. Ello nos mueve a buscar más de esa vida, a trabajar para conseguir la plenitud de lo que ahora tenemos limitadamente y en promesa. La eucaristía no apaga nuestra sed de Dios, sino que la enciende aún más. Cuanto más vemos de lo que esperamos, cuanto más conseguimos acercarnos, más crecen nuestras ganas y deseo de alcanzar la meta.

Nuestros sentidos y nuestra razón no logran comprender del todo este Misterio. Pero basta, para afirmar la presencia del resucitado en el pan y el vino, si hay un corazón sincero, la sola fe. Fe que es vida nueva, vida por el amor y en el amor.

Al servicio de los demás, sin condiciones

El Evangelio de la liturgia de hoy omite por completo la institución de la Eucaristía y pone el gesto del lavatorio de los pies. El autor de este texto nos quiere hacer ver que la pasión de Jesús no es otra cosa que un servicio de amor hasta el extremo: hasta el extremo de dar la vida por los demás.

El gesto de lavar los pies es desconcertante ya que pertenecía a los esclavos y, por ello, dentro del contexto en el que se encontraban Jesús y sus discípulos, se salía de toda lógica y sentido. Pero para nosotros es todo un gesto profético, que resume y anticipa todo lo que será la pasión de Jesús, y por esto es narrado de una forma solemne. Y es que en el lavatorio de los pies hay mucho más que un simple *ejemplo* de humildad. Estamos ante algo mucho más profundo porque, contemplar a todo un Dios arrodillado lavando los pies, nos indica un cambio de valores como nunca más ha ocurrido en la historia. Y es que el servicio desde la humildad, puede alcanzar lo divino.

El servicio es darse, en mayor o menor grado, pero darse. Es reconocer que las cualidades y dones que poseemos no son de forma exclusiva para nosotros, sino que también, por qué no decirlo así, les “pertenecen” a los demás. Servir es entrar en comunión dos seres imperfectos que, al darse y aceptarse, se compenetran y se enriquecen. Porque todos sin excepción tenemos algo que dar, y todos sin excepción podemos recibir algo de los otros.

El servicio que nos muestra Jesús lavando los pies es saber ceder privilegios cuya finalidad sea el lucro y renunciar a vidas exquisitas. Pero también nos muestra el saber aceptar las responsabilidades, hablar más de deberes que de derechos, trabajar con honradez y aportar a los demás algo nuestro aunque ello conlleve renuncias. El lavatorio de los pies nos enseña a no ser ambiciosos ni interesados y a no danzar en torno a las idolatrías actuales. Si asumimos el servicio desde una actitud desinteresada y sin condiciones, y nos ponemos a *lavar los pies*, estaremos dando la mayor bofetada que se puede dar a tantos esclavos del poder y la ambición. No olvidemos que Jesús también se arrodilló ante Judas, para lavarle los pies.

Toda la liturgia de este día, es más, todo lo que significa este día, nos debería llevar a contemplar que si Dios no puso condiciones a la hora de ponerse de rodillas ante el ser humano para lavarle los pies... ¿las vamos a poner nosotros?



Fr. Ángel Luis Fariña Pérez O.P.
Convento de Ntra. Sra. de Atocha (Madrid)